

El gato

Samont H.



Capítulo 1

EXTRACTO DE LA NOVELA: **La probabilidad, el albedrío o las barajas.**

<http://www.megustaescribir.com/obra/64381/la-probabilidad-el-albedrío-o-las-barajas>

Escena: ***El gato.***

A los pocos días creí que volvía a visitarme. Ya casi dormía, pero escuché ruidos provenientes de abajo, en el salón: quizá de la cocina. Parecía como si alguien estuviera sentado a la mesa y comiera. Otros a esa edad se hubieran quedado petrificados en su cama de terror, pero a mí me invadía una voraz intriga lo inexplicable. De a pocos adquiría el hábito de dominar mis miedos desde que mi madre me dijera «Gabriel, tú eres un elegido». «Tienes un sexto sentido». Y sería un elegido porque comprendí que a Juanito solo lo podía ver yo. Salí descalzo de la habitación para no hacer el menor ruido. Sentía más aún el frío del suelo con el sudor de mis pies. La luz diáfana del pasillo dibujaba una escalera en penumbra. Bajé con cuidado. Me embargaba la curiosidad de hablarle. Al menos ya sabía su nombre y quería preguntarle algunas cosas. ¿Por qué se me aparecía? ¿Querría saber algo de mí? Si era o no real. Ya abajo susurré su nombre desde el salón

—Juanito..., Juanito..., ¿eres tú? —mi voz infantil.

Y un ruido provino desde la salita de espera, como si alguien pasara páginas leyendo un periódico. Tendría que caminar a tientas hasta allí, cuando un repelús repentino invadió mi cara. Con ejercicios simples recordaba las palabras de mi madre. «Recuerda, no debes tener miedo, tú eres un elegido». Tropecé con la barra de remover leña de la chimenea, la cogí, sin meditar el porqué. ¡Oh! Dos lucecitas suspendidas en el aire cambiaban de colores e intensidad.

—¿Quién eres...? ¿Juanito?

Las lucecitas se encendieron, como si fueran faroles de duendes. Un acto instintivo, como defendiéndome de algo. Levanté la barra con algún esfuerzo con mis dos manitas, por encima de mi cabeza, cerré los ojos y al golpe. ¿Qué ejercicio mental había en ese pequeño instante? ¿Qué iba a acordarme que allí estaba la mesita de vidrio?, si casi me meo de susto. Desperté a todo el servicio, a mi abuela y hasta a los vecinos de al lado que tocaron la puerta preguntando si todo estaba bien. A veces, en situaciones complicadas, un llanto lo arreglaba todo. A llorar se ha dicho. La primera en bajar como un felino fue Martita, la empleada, que ese día

se había quedado a dormir en casa.

—¡Pelo!, ¿qué ha pasao mi niño? Mile como ha quedao la mesita. Apáltese que se va a coltal con el vidlio y sin zapato.

La luz repentina cegó mi visión.

—¿Le ha pasado algo al niño?

Era mi abuela bajando las escaleras. Me cogió en brazos y me auscultó con la mirada.

—No te ha pasado nada, ¿verdad? —continuó—, pero dime, ¿qué hacías aquí abajo?

—Escuché ruidos y bajé, pero no era Juanito, era un gato. —No digas nada de Juanito.

—¿Juanito?

—No, he dicho un gato.

Aún con mi desorden emocional pude ver tirado en el suelo un periódico magullado por las garras del gato. Recordé su maullido pavoroso y su cuerpo atropellando mis piernas antes de hacer añicos el cristal. Al día siguiente nos olvidamos de la mesita. Pero hasta ahora quiero olvidarme de la cara burlesca con la que me miraba Martita con el rabillo del ojo. Le causaría gracia mi carita enojada o, quizá, mi anécdota del gato. Pasados dos días me sorprendió en el atardecer. Como dándole tregua al asunto, indicó sin más, mientras tendía ropa en el patio y yo viendo el agua de la fuente de los deseos.

—Mi niño Gabliel, no soy tonta, caliño. Uste me va a decil quien calajo es ese niño Juanito.